

La irresistible Revolución de la India

Cuando desembarqué en este puerto de la India, vi lo que no es verosímil que se vea otra vez: Bombay obedecía a dos gobiernos.

Al gobierno británico, armado de poder y del aparato de la legalidad, le eran leales la población europea, los *sepoys* hindús que visten su uniforme, unos pocos entre los príncipes mercaderes, y la vieja generación de la minoría musulmana.

Los demás habitantes de Bombay habían transferido su lealtad a uno de los demasiado numerosos prisioneros del gobierno británico. El *ma-jatma* Gandhi está en la cárcel. Allí se pasa los días, sentado en hierática postura, y escribe un discurso semanal acerca de algún punto de doctrina de su difícil evangelio ascético, discurso que por uno u otro medio burla la vigilancia de los guardias y se publica en todos los periódicos hindúes.

El congreso, en nombre suyo, regía a la ciudad. Se acataba su más leve mandato. Podía llenar las calles, a la hora que le placía hacerlo y cuantas veces le venía de plácemes, con muchedumbres que se volvían roncas gritando su contraseña. Le bastaba un meneo de cabeza para cerrar todos los puestos de los bazares. Sin su consentimiento molino ninguno podía abrir sus puertas. Sólo con su permiso, escrito en un pedazo de papel de color, atreviase carretero cualquiera a conducir sus toros uncidos y acarrear su carga de fardos por entre los centinelas nacionalistas, uniformados, que día y noche hacían vigilancia en toda calle y todo callejón del barrio comercial.

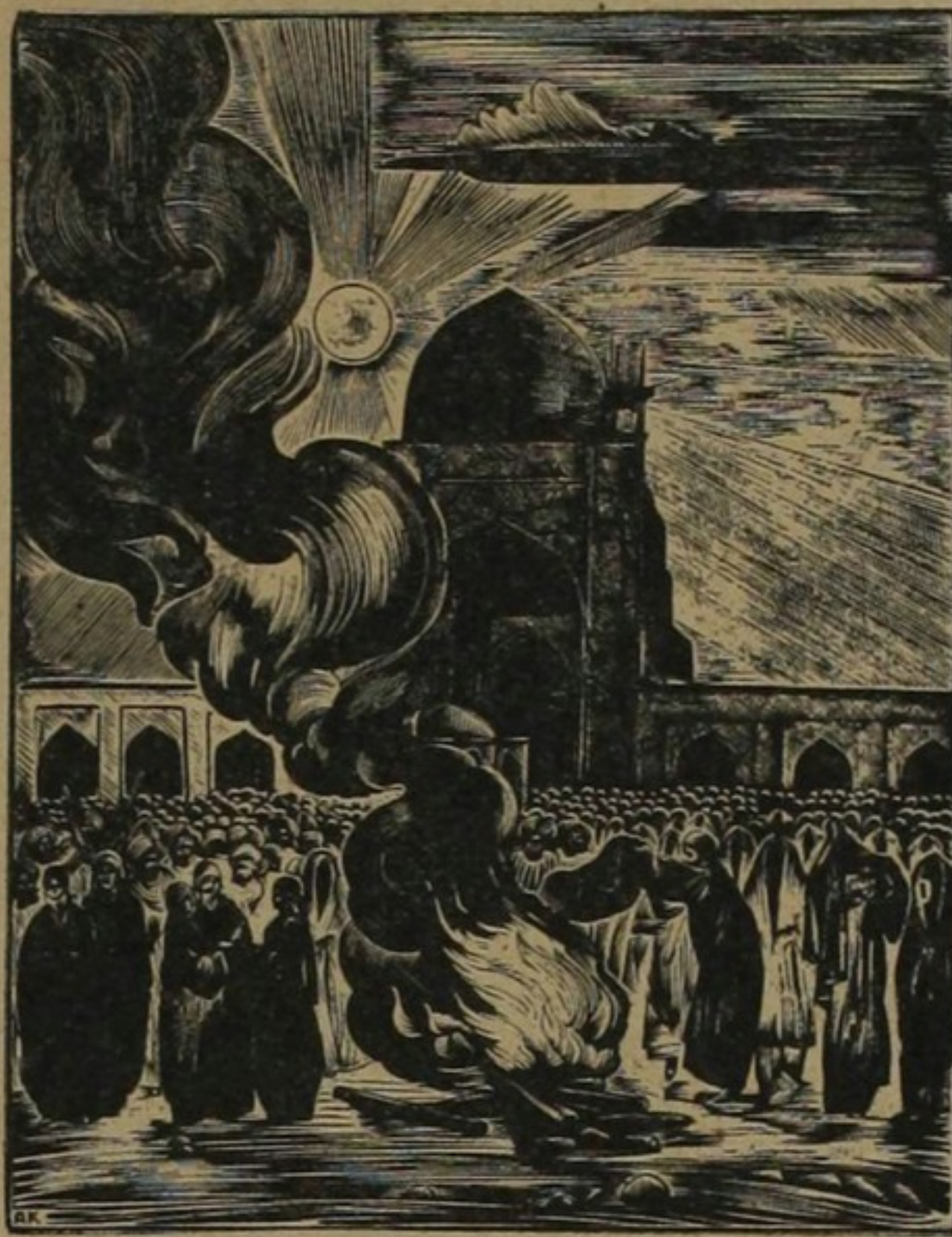
El día comenzaba con su ritual público. La ciudad oraba y cantaba. Al alba, y aún antes, surgían de todas las calles pequeñas procesiones de figuras revestidas de blanco. Todas vestían el traje tejido en casa, el *kadi*, que es el símbolo de la determinación de la India de atender a sus necesidades propias. Los varones llevaban puesto el gorro blanco de Gandhi. Algunos llevaban triángulos y tambores hindúes; todos cantaban.

Este movimiento les puede hablar en inglés al escaso número de gente educada. Para los que sólo su lengua patria saben leer, tiene prensa en el idioma del país. Pero las masas analfabetas se saben de memoria los infinitos cantares y romances que exaltan a su líder, que incitan al boicoteo de toda mercancía británica, y que proclaman el voto de libertad o muerte.

Estos pequeños grupos son de diez o doce personas cada uno; a veces hombres, a veces niños, a veces mujeres. Dan la pauta para la vida del día. No podéis escapar de ellos; no los podéis olvidar. Nadie hay que antes de entrar a su taller o a su tienda, a su oficina o a su puesto de trabajo, no los haya oído; ni le ponen sordina a su cantar cuando siguen el carro de algún funcionario británico.

A medida que el día avanza, veréis

=Cortesía de la North American Newspaper Alliance. Traducción del inglés, especial para Repertorio Americano=



Emancipación

En el Día de la Mujer, celebrado el 8 de Marzo de 1927 en Uzbekistán, seis mil mujeres quemaron sus velos en el patio de la mezquita para simbolizar su liberación. La escena se repite por todo el cercano Oriente y la India. El grabado es a madera y del artista ruso A. Krafchenko. Se publica en Repertorio Americano por cortesía de *The World Tomorrow* de New York.

que hasta en las calles habitadas por europeos, mujeres hindúes, solas o en parejas, colocan silletitas y se sientan frente a determinadas tiendas. Todas visten el traje de la India, lleno de gracia, pero su *sari* (el largo chal que las reviste), es anaranjado, color que en esta tierra tiene connotaciones heroicas.

Pocos hay que entren a tales tiendas. Al pasar, veréis al dueño entretenido leyendo o jugando a las cartas. Pero si alguien intenta entrar la mujer junta las manos en ademán de súplica: ruega; razona, y si todo esto no basta, se arroja frente a la puerta y reta a que se pase sobre su cuerpo.

Esas son las tiendas *picketed* --asediadas-- porque se han negado a aceptar el compromiso que el Congreso Pan-Indio les ha exigido, de no vender ninguna mercancía británica, y, en algunos casos, ninguna extranjera.

El método es eficaz. Los europeos pueden comprar cuanto deseen; asediadora ninguna les dirigirá palabra. Rara vez los retarán. Las asediadoras han ido a las cárceles por centenares, mas siempre hay quienes ocupen sus vacantes. Últimamente, los mismos dueños de tiendas firmaron una requisitoria declarando que no se quejaban de este asedio pacífico, y durante unos días mermaron los arrestos.

Es en esta disposición a sufrir que reside la fuerza moral del movimiento. Donde millares van a las cárceles jubilosamente, decenas de millares darán de su dinero y centenares de millares obedecerán. Me recuerda, por su temple y su visión, al movimiento sufragista mili-

tante inglés, excepto en que evita hasta los nimios actos de violencia que se permitían aquellas precursoras de este método.

El pueblo que ha adoptado este sistema de lucha es un pueblo sin armas y que en esta región de la India no tiene tradición militar. Corteja al sufrimiento: lo arrostra, como es condición en la mujer, con valor noble aunque pasivo. Para unos es una religión, para otros sólo táctica.

Se piensa en las mujeres como las exponentes naturales de este evangelio. El patriotismo las ha llamado a salir de su retiro de siglos y nada sorprende tanto en este movimiento como lo alegre de su devoción. Si aún no han ganado *swaraj*—autonomía—para la India, en cambio ya han logrado hacer entera la emancipación de su sexo. Los vetos y los velos han desaparecido tan íntegramente, en Bombay al menos, que hasta creer que existieren es difícil.

La prueba del poder del Congreso vino al tercero día de mi llegada. Los mercaderes que importan piezas de algodón tenían meses de no comprar telas extranjeras, pero tenían en existencia vastas cantidades de estilos adecuados a sólo la plaza hindú, mercancía que no podía reexportarse y que se deterioraba en los almacenes.

Los mercaderes se reunieron y en una resolución apologética que redactaron, declararon que pondrían a la venta esa existencia y no la renovarían. El Congreso se negó a transar y, como los sucesos lo comprobaron, no tenía exagerada idea de su fuerza. Las mujeres voluntarias marcharon por centenares a los mercados de mayoreo. Ase-diaron toda tienda y toda oficina. Algunos dijeron que se pondrían en huelga de hambre hasta que los mercaderes retiraran la resolución.

Celebróse un mitin en el que hablaron varios de los principales oradores nacionalistas. Y entonces, aún antes de que las mujeres hubiesen concluido de ordenar su asedio, el conflicto estaba terminado. Los dependientes y porteros se negaron a abrir una sola puerta de los almacenes o a tocar ni un solo fardo de la manta. El Congreso había ganado. En por lo menos esta región de la India, su palabra es ley, aun cuando ella signifique la ruina para los mercaderes y falta de trabajo para los trabajadores.

Las dieciséis fábricas textiles que ordenó cerrar porque sus dueños importaban además telas inglesas, permanecen cerradas, y sus 32,000 obreros se han ido unos a sus villorrios de donde habían venido, o a las barriadas hirvientes a entregarse a la misericordia de los usureros pathanes. No deja de haber bajas en esta guerra incruenta.

Al decaer el día podéis ver, como yo en el de mi llegada, una procesión y una manifestación. Los voluntarios desfilaron formados, porque este movimiento pacífico no desdeña el orden de las milicias. Hacían, con la bandera tricolor